

Fidencio, el niño Fidencio

Luisa Riley

Fidencio era un niño cuando murió a los cuarenta años, y era un niño en 1928 cuando no cumplía los 30 y vivía en la hacienda de Espinazo, rodeado de una multitud de dolientes que buscaba alivio para su lacerado cuerpo. "Su aspecto era el de un sencillo muchacho, el de un pastor de chivas que no conoce ni el bien ni el mal": de pocas palabras, musculoso, intensamente pálido, casi de color amarillo. Sus ojos se vieron alguna vez azules como el cielo y siempre con una expresión rara en la mirada. Gustaba cantar con voz "forzada y fingida como voz de mujer, pero ingrata al oído"; también que lo retrataran en traje de montar, o luciendo algún paraguas o sombreros de distintos estilos; o bien con una cruz o con los ropajes de la Virgen de Guadalupe. Llegó a dejarse crecer el pelo exageradamente o de plano se rapaba. Tenía como mascotas un pavo real y un puma sin dientes al que llamaba Concha.

*Fidencio, el día que naciste y cantaron los ruiseñores
porque tú elegido fuiste
el doctor entre doctores.*

Cuando murió encontraron en su corazón impresa la imagen de la Virgen de Guadalupe; su paladar se conserva aún en Espinazo, pues en él está marcada una cruz y alguna vez lo usó como molde para imprimirla en cera. Llegó a ser la única esperanza de los desposeídos y desahuciados. Fueron 30 mil los que llegaron en marzo de 1928 a buscar en las manos y la voz del Niño cura para sus males o consuelo para su fatal destino. Decían que desde niño supo leer en las mentes de otros y que obtuvo desde entonces el poder de aliviar las enfermedades sin remedio. Vivió como huérfano, aun cuando tuvo como madre a María Tránsito Síntora y como padre a Socorro Constantino y que fue el decimocuarto en una familia de 25 hijos. En su acta de nacimiento consta que nació el 13 de noviembre

de 1898, pero en su tumba reza que vino a este mundo el 17 de octubre de ese año para pasar al otro el 19 de octubre de 1938.

Él, por la admiración y el amor que dijo guardar siempre a su madre, alteró el orden de sus apellidos y se hizo llamar: José Fidencio de Jesús Síntora Constantino. "¿Quién eres tú, que en tu poder derramas / un bálsamo y consuelo al dolorido? /¿Quién eres, di, que sin palabras nos llamas/ e impartes tu don al que es sufrido?".

Fue un niño aislado y muy acomedido, dado a colaborar en peregrinaciones. Cursó apenas hasta el tercer grado de primaria. Los niños le vendaban los ojos y podía identificarlos e incluso, muchas veces, describía a ciegas el gesto que le estaban haciendo. A la edad de seis años su madre "lo prestó" a una viuda, que sólo tenía un hijo llamado Enrique López de la Fuente quien años después y hasta el final de sus días fue su padre adoptivo. Dicen también que vivió su infancia entre ellos como un arrimado, hasta que la Revolución lo obligó a llevar una vida errante e incierta.

Anduvo por Michoacán, luego trabajó en las fincas henequeneras en Yucatán y se sabe que de 1914 a 1923 se hizo a la mar como cocinero. Llegó a Espinazo al final de sus travesías marítimas en busca de Enrique López de la Fuente, hombre rudo que había luchado al lado de los Dorados de Villa. El señor López era para entonces el administrador de la hacienda, propiedad de un alemán espiritista de nombre Teodoro Von Wernich. En Espinazo, Fidencio prestó sus servicios como peón pero siempre le atraieron las labores domésticas. Fue un experto en el arte de hacer tortillas, pero en particular gustaba de lavar la ropa de los partos, la que estaba más sucia. Les dice: "todos han sido / con el pobre muy tiranos / ahora conmigo han venido / a que los cure con mis manos.

En la hacienda de Espinazo, situada en los límites de Nuevo León y Coahuila, curaba a los animales con yerbas y secretamente asistía a las familias que vivían cerca del rancho. En especial era solicitado como partero. Enrique López de la Fuente cuenta que la fama la alcanzó cuando le llevaron entre quince y diecisiete mutilados por una caída que había habido en la mina La Reforma y "los curó a casi todos". Alivió también la dolencia que, desde niño, padecía don

Teodoro. En agradecimiento, éste le dijo: "Te voy a regalar una propaganda en todo el mundo, que sepan lo que tú eres". Von Wernich lo mandó fotografiar con un traje, camisa blanca y corbata, sus manos al frente apoyadas en la cabeza de un bastón y el labio inferior "caído en forma característica". Fue reproducida por miles y marcó en definitiva la afición del Niño por la cámara obscura. Él siempre eligió las poses en las que fue retratado. Alguna vez le dijo al fotógrafo Casasola: "Tome fotografías, pero si no me regala una, una por una se le borrarán".

*Pero el Señor ya sabía
el pago que te iba a dar
Por eso te habló ese día
para tus penas calmar.*

Hubo un día, sin fecha precisa, en que cuando era peón lo corrieron de la hacienda. Hay quienes dicen que fue por flojo, pero él sostuvo que fue por no poder desempeñar una faena superior a sus fuerzas.

"Me fui por ahí —contaba el Niño Fidencio— lleno de tristeza, pensando en que me moriría de hambre, sin un amparo, sin un amigo, absolutamente solo en vida". En el mediodía se hincó al pie de un arbolito y lloró hasta que "su corazón descansó". En eso oyó una voz que le dijo: "Fidencio no llores, que vas a recibir el don que mi padre celestial te ha dado, tú serás el doctor de los doctores y todas las enfermedades que mi padre ha mandado, tú las curarás con puras hierbitas del campo que a ti te gusten, las cocerás y ésa será la medicina para todas las enfermedades". [...]

Fragmento del texto publicado en *Luna Córnea 9. Minoría de edad*
México, Centro de la Imagen/Conaculta, 1996.